

EL CRISTO DE LA QUEBRADA

**DR. RICARDO A. GUTIERREZ
PROF. HUGO AURELIO MORENO**

(Año 1992)

INDICE

A MANERA DE PROLOGO	2
SOBRE EL MILAGRO DEL CRISTO DE LA QUEBRADA	4
EL HALLAZGO MILAGROSO	5
CUANDO OCURRIO EL MILAGRO DE SU DESCUBRIMIENTO	7
EL MILAGRO DEL SANTO DE LA QUEBRADA Y LA FE	
CATOLICA	7
LA CAPILLA.....	8
SITUACIONES CONTROVERTIDAS	9
EL HOMBRE DE SAN LUIS FRENTE AL CRISTO DE LA	
QUEBRADA	10
SIGNO DE CONTRADICCION	10
EL CRISTO DE LA QUEBRADA Y LA ESPERANZA DE LOS	
QUE SUFREN	11
REFLEXIONES DE UN LAICO CATOLICO.....	12
LA HISTORIA DEL MILAGRO.....	13
LA HISTORIA DEL MILAGRO.....	14
UNA DESGRACIA QUE SE SUPERA CON ESFUERZO Y	
AMOR	15
EL OCULTO HILO DE UN DRAMA SIN SALIDA.....	15
EL MILAGRO DE LA RECUPERACION DE SU VISTA Y	
HALLAZGO DEL CRISTO.....	17
EN LA CUMBRE DE LA EXALTACION Y JUBILO.....	18
Y EL MILAGRO DEL AMOR TAMBIEN SE HIZO.	19
COMIENZA LA DIFUSION DEL PRODIGIO	20
LA FIESTA DEL MILAGRO	21
EL DOBLE MILAGRO: EL DE LA VISTA Y EL DEL AMOR	22
DISCURSO DE JUAN TOMAS INAUGURANDO LA CRUZADA	
DE FE EN EL MILAGROSO CRISTO.....	23
LA CRUZADA DE LA PAREJA PRODIGIOSA	23

EL CASAMIENTO	24
PIDIENDO CONSEJO A LA IGLESIA PARA ORGANIZAR LOS CULTOS AL CRISTO.....	25
SE SUGIERE EL 3 DE MAYO PARA EL DIA DEL SANTO	25
MANOS A LA OBRA	26
DE OTRO HECHO QUE REFUERZA LA CREENCIA EN EL PODER MILAGROSO DEL CRISTO.....	27
UNA VEZ MAS LOS CREYENTES TIENEN TESTIMONIO DEL PODER DEL CRISTO.	28
TESTIMONIOS DEL MILAGRO DEL CRISTO DE LA QUEBRADA	29
EL CRISTO DE LA SALUD	29
LA CAPILLA DEL SANTO DE LA QUEBRADA	30
EL CRISTO NO QUIERE QUE LO MUEVAN NI UN PALMO DEL LUGAR DONDE LO HALLARON.....	30
EL CRISTO FUE HALLADO COLGANDO DE UNA RAMA DE QUEBRACHO POR VICENTE ALCARAZ.	31
EL ALGARROBO.....	31
UNA PROCESION DE 1930	32
DE LAS VARIADAS E INSOLITAS PROMESAS AL CRISTO ..	32
ALGUNOS DESCENDIENTES ACTUALES DE LOS FUNDADORES DE LA VILLA DE LA QUEBRADA	33

A MANERA DE PROLOGO

La vida histórica y cultural de San Luis es rica en sucesos e ingenios de todo tipo. Rica en personajes, en anécdotas, en tradiciones, en circunstancias, en creadores artísticos y aun en mitos y leyendas propiamente regionales. Como contrapartida a esta abundancia tenemos escasos libros y publicaciones que guarden para la memoria de las nuevas generaciones ese vasto y potente legado.

La tarea bibliográfica y editorial no ha acompañado, sino en escasas circunstancias, este legado histórico, esta riqueza, que constituyen parte esencial de nuestro patrimonio cultural.

El Diario de San Luis y el «Instituto Científico y Cultural El Diario» (ICCED) que presido, acometen con los criterios periodísticos e investigativos ágiles y modernos que exige el tiempo que vivimos, la exigente tarea de saldar en alguna medida este significativo vaciamiento editorial con centro en lo propiamente puntano. Con el presente volumen escrito por varios investigadores dirigidos en notable trabajo por el Dr. Ricardo Gutiérrez y dedicado a la historia del milagroso Cristo de la Quebrada, tan caro a los sentimientos y la tradición del pueblo de San Luis ponemos

en marcha un amplio plan editorial que permitirá que periódicamente puedan aparecer, acompañando las ediciones dominicales de El Diario de San Luis, una serie de ediciones populares - a la manera que lo hicieron durante años algunos grandes diarios nacionales - destinados a preservar, desde los más diversos enfoques, la memoria viva del pueblo puntano. Estos libros, escritos en algunos casos por hombres de nuestra provincia y en otras por ensayistas, y periodistas de otros lugares del país o del exterior, pero siempre dedicados a exponer o reseñar asuntos directa o indirectamente ligados a nuestro destino regional, servirán para ampliar con amenidad, pero también con seriedad investigadora, el patrimonio editorial de la rica, pero no siempre conocida y divulgada, vida socio-cultural de la Provincia.

El lector que además de leerlo quiera coleccionarlo, formando su propia biblioteca de temas puntanos, encontrará, además, una forma de individualizar las distintas colecciones por intereses temáticos. Cada volumen llevará ciertas señas de color incorporadas en sus tapas.

La franja de un color individualizará a la serie dedicada al amplio panorama de relatos, anecdóticos y episodios de tipo histórico.

La franja de otro color marcará los textos dedicados a la geo-cultura de la Provincia, incluyendo sus mitos y leyendas, como así también los sucesos de fondo religioso tan significativos en nuestra espiritualidad popular.

Otra franja signará la serie propiamente cultural, dedicada al aporte de nuestros artistas, poetas, folcloristas, narradores y por supuesto, deportistas; ya que el deporte es como lo reconocen los grandes antropólogos modernos, una de las formas sociales de expresión de lo cultural. Procuraremos también en estos textos reproducir juicios y comentarios de las figuras puntanas con trascendencia nacional e internacional.

También se individualizarán con color, por último, la serie científica, industrial, agropecuaria, minera, laboral y ecológica. Serie que instruye, de alguna manera, sobre los distintos esfuerzos sanluiseños en este terreno a través de las distintas épocas, en particular, las realizadas en el siglo XX al que ya vamos dando término en el tránsito de su última década.

Una vez conocidos estos libros en su lanzamiento dominical constituirán un fondo editorial que, en parte, permanecerá, para su venta en librerías o en el propio diario editor y otra, será distribuido gratuitamente en bibliotecas públicas para su conocimiento y consulta.

Se trata, insisto, de un proyecto editor de vastos alcances que iremos desarrollando, quizás con algunas lógicas intermitencias en el tiempo. En sucesivas ediciones iremos adelantando algunos títulos y algunos temas.

Comenzamos con esta evocación histórica dedicada al milagro de la aparición del Cristo de la Quebrada, circunstancias, personajes y al inmenso fervor popular que despierta este acontecimiento en el seno de su pueblo y que ha sabido cruzar las fronteras de nuestra provincia.

Esperamos que los puntanos y los estudiosos de la región cuyana en general, encuentren en estos textos una ayuda para reconstruir la memoria histórica y el patrimonio cultural de San Luis.

*Alberto Rodríguez Saá.
Director General
de la Colección*

SOBRE EL MILAGRO DEL CRISTO DE LA QUEBRADA

Para abordar esta edición dedicada al Cristo de la Quebrada hemos elaborado un esquema sencillo consistente en dividir el trabajo en dos partes. La primera es una apretada síntesis histórica, donde trataremos de traslucir el máximo rigor de los aspectos sobresalientes, tales como el hallazgo, la formación de la villa y el templo, además de datos de interés sobre la familia Alcaraz, que fue la que tuvo la guardia de la imagen hasta 1940.

En cuanto a la segunda, se abordará el tema desde la tradición oral de los lugareños, con sus riquezas, sus exageraciones y con la muy probable distorsión en muchas aristas de esta historia. Es así que el periodista Aurelio Moreno por medio de estos relatos reconstruye diálogos y dibuja situaciones nutriéndose, reiteramos, de las versiones populares recogidas en la presente investigación.

En cuanto al primer tramo de este volumen, queremos reconocer la extraordinaria labor de investigación histórica llevada a cabo por José Ignacio Maldonado en su obra póstuma «El Santo Cristo de la Quebrada» al que hemos tenido que consultar en forma obediente y recoger los datos volcados en esa creación tan rica y hermosa, lamentablemente publicada después de la muerte de su autor. Vaya entonces, nuestro respeto y homenaje a este noble ciudadano puntano.

Donde está emplazada la Villa de la Quebrada, originariamente estaba ubicada la estancia La Quebrada, cuyo casco principal se encontraba distante a cinco kilómetros, más o menos. Rodeada de hermosas serranías y al pie de la misma se encuentra hoy la villa que debe su existencia al milagroso encuentro del Cristo, por parte de un hijo dilecto que vivió en esa zona durante el siglo pasado, don Tomás Alcaraz.

Se accede por dos rutas, una la más antigua, conocida como del «Alto» que va bordeando el cordón montañoso hasta la villa y la ruta N° 146 que corre a 10 Km. al oeste y es la que normalmente se usa desde que se asfaltó. Sin embargo y a pesar del incómodo enripiado la primera ofrece el singular atractivo del permanente paisaje que acompaña al viajero.

La villa ha dejado de ser, por obra del progreso, una rudimentaria población del interior y hoy la infraestructura que goza es más que aceptable. Cuenta con Registro Civil, sala de primeros auxilios, Policía con radioenlace, Intendencia Municipal, Estafeta Postal, balneario público, escuela, negocios, bares y lugares de esparcimiento dado el interés turístico que la localidad despierta.

Maldonado describe a la villa así: «Una visión total de aquel ámbito, con sus verdes lomadas y azuladas montañas, el blanco del templo y el argento de las estatuas del monumental Vía Crucis que trepan las sierras, conforman un santuario natural grandioso e imponente; un complejo de religiosidad que al llegar a sus inmediaciones impresiona cual si entrara en colosal catedral, donde la Capilla es el Sagrario inserto en el altar mayor de la cumbre rocosa del cerro Tinaja... Ante tanta majestuosidad, si se es religioso, el alma se recoge en íntima devoción; si no, el espíritu se regocija ante la belleza natural...».

Para el doctor Jesús Liberato Tobares, la villa comenzó a tener existencia real a partir de 1868, según el acta labrada el 4 de diciembre de 1871 donde se hace constar que «hacia tres años que don Tomás Alcaraz había ofrecido en donación las cuatro manzanas que dan frente a la Plaza».

Según esas donaciones, los beneficiados pueden ser considerados los primeros pobladores de la Villa de la Quebrada y fueron José Muñoz, Manuel Baigorria, José María Gómez, Mauricio Baigorria, Elías Quevedo, Juan Lucero, Rafael Soler, Mercedes Perera, Isidro Herrera, José Riveros, Antonio Orozco, Roberto Cabrera, José Orozco, Vicente Ríos, Juana Zapata, Lorenza Barboza, Gualberta Lucero, Loreto Miranda y Pascual Lucero.

Asegura Tobares que «en 1871 el Poder Ejecutivo Provincial se constituye en Villa de la Quebrada y los vecinos piden que se les extienda los títulos de propiedad y se les provea agua para el regadío. Las manifestaciones hechas por los vecinos debían servir, según disposiciones del Gobierno de la Provincia, como acta de fundación».

La primera maestra primaria con título oficial fue Lucía Soler, en cuya memoria se erige un busto ubicado en el centro de la plaza. La obra fue realizada por el artista Gaspar Digennaro.

Lucía Soler llevó una tarea destacada, no sólo como docente, sino en el campo difusor de las artesanías tradicionales y la enseñanza de la doctrina cristiana.

La veneradísima imagen del Cristo, que está entronizada en la capilla del pueblo, mide dieciséis centímetros de alto por quince en sus brazos extendidos, mientras que el crucifijo de madera es de treinta centímetros de altura por veinte su travesaño. El estilo es indoamericano y encierra en su pequeñez y humildad el inmenso amor de todo un pueblo.

El hallazgo milagroso

Hemos anticipado que el descubrimiento del Santo de la Quebrada, como se le decía originalmente, le correspondió a don Tomás Alcaraz, sin embargo esto fue discutido y otros se lo asignaron a su hijo Sinforiano llevados por la confusión creada por la lápida inserta en el piso del templo donde estaba enterrado, el hijo primogénito de don Tomás. No obstante, según la medulosa erudición de Maldonado, atribuirle el hallazgo a don Tomás Alcaraz alcanza la dimensión de aseveración histórica.

Pero de lo que no hay datos de rigor histórico es sobre los detalles del hallazgo y hay que acudir a una reconstrucción lógica que se aproxime a lo que realmente sucedió, hasta que aparezca, si así sucediera, alguna prueba concluyente de cómo acaeció el descubrimiento.

Respecto al tipo de árbol en donde fue descubierto el Cristo, es presunción unánime de que debe haber sido un algarrobo y en época invernal, dado que la savia se encuentra inactiva y la madera que se obtiene es apta para la mayoría de los menesteres rurales, como postes para alambrear campos, tirantes y travesaños para la construcción de viviendas.

En cuanto al lugar es casi seguro fue el mismo donde se instaló la capilla. Existe una versión que roza lo legendario que asegura que una vez encontrado este tesoro religioso fue llevado por don Tomás a su casa de la cual desapareció a los pocos días y que lo encontraron, tras una angustiosa búsqueda en el mismo lugar que fue hallado, interpretando los circunstancias, entre los que estaban Alcaraz y su esposa Manuela, que el santo era de todos y que por lo tanto era su deseo permanecer allí.

Sobre la posible ceguera de Tomás Alcaraz, padecimiento que jamás pudo ser probado, debemos atribuírselo a una distorsión elaborada por la memoria colectiva que estableció un paralelismo con las características del descubrimiento del Señor de Renca ocurrido en 1636 en Renca de la república hermana de Chile y que un siglo después al ser llevado a Córdoba se quedó en la localidad sanluisense del mismo nombre. Esta manifestación divina fue hecha a un humilde indio hachero, que según se decía por entonces, era ciego. La fantasía popular hizo el resto y le atribuyó a Alcaraz ser ciego también y se pasó a afirmar que la cura de tal minusvalía fue obra del Santo y haber realizado con su descubridor el primer milagro.

Don Tomás Alcaraz era hijo natural -ilegítimo se le llamaba en esa época- de doña Casimira Alcaraz, hija a su vez de don Nicolás Alcaraz y de doña Felipa Lucero. Había dejado la madre de Juan Tomás Alcaraz, tal su nombre completo, una herencia bastante importante, que consistía en un campo de 1.667 hectáreas y que fueron tasados en su tiempo en el precio de \$ 3.600. Este campo permitía la crianza de ganado vacuno y equino, además de cabras y cerdos.

Por cierto que el establecimiento le permitía un cómodo pasar, por lo que desde ya afirmamos que Juan Tomás Alcaraz, nunca fue un simple hachero como lo quieren mostrar algunas de las versiones populares. Por cierto que aún siendo propietario, con toda seguridad debe haber sido diestro en todo tipo de tareas rurales, pues su vida entera la pasó en el campo.

A raíz que esas tierras fueron repartidas usando la antigua costumbre de la «palabra empeñada», que valía entre aquellos nobles cristianos más que cualquier documento firmado, hubo don Tomás, de acudir al juez civil para sanear sus títulos y de esa exposición se pueden extraer mayor abundamiento sobre las dimensiones y características del fundo donde estaba instalada la Estancia de la Quebrada. Para demostrar su descendencia de los causantes le sirvieron de testigos en tal oportunidad don José M. Muñoz y don José Manuel López quien lo hizo en su domicilio por su extrema ancianidad. Estos testigos eran de la vecindad de El Guanaco.

José Ignacio Maldonado reflexiona al respecto: «Las anteriores manifestaciones nos testifican la idiosincrasia, la alcurnia espiritual de aquellos campesinos puntanos de los tiempos viejos, honrados ciudadanos, buenos cristianos, temerosos de Dios. Trasfondo religioso, fruto de la evangelización y catequesis desde los primeros tiempos del poblamiento comarcano, donde actuaron ininterrumpidamente los frailes dominicos».

Está descartado que Alcaraz haya sido un simple hachero y mucho menos ciego. Lo que sí queda fehacientemente establecido era su condición de analfabeto que «ni sabe dibujar la firma», por eso siempre lo hace alguien por él «a ruego», pues en esos tiempos no se conocía todavía reemplazar la firma por las impresiones digitales. De todas maneras era en esa época casi inaccesible para un hombre de campo aprender a leer y escribir. Téngase en

cuenta que la primera escuela en la villa data del año 1857 (don Tomás había nacido en 1826 y falleció en 1880).

Cuándo ocurrió el milagro de su descubrimiento

Es imposible fijar una fecha cierta del hallazgo del Santo Milagroso, pero el investigador Maldonado fija dos fechas claves para determinar con mediana aproximación la época probable, éstas son la del casamiento entre Tomás Alcaraz y María Manuela Gómez en el año 1847 y la que corresponde a la fundación en 1868.

Según el autor mencionado formar la población de la villa debe haber llevado un tiempo prudencial, para que el Gobierno haya tomado la determinación de dejar de considerarla una vecindad, consecuentemente el encuentro con el Cristo debe haber ocurrido entre los años 1850 y 1860 aproximadamente.

También el acta matrimonial nos anoticia que don Juan Tomás Alcaraz vivía en El Guanaco y que su desposada, según reza el acta labrada en la Iglesia Parroquial de San Luis, era «de la misma vecindad», corroborando así que el hallazgo del Santo fue el motivo excluyente de ir a vivir a ese paraje que luego sería, con el correr de los años la Villa de la Quebrada.

Además... ¿qué otro motivo tenía instalarse en el lugar alejado del único camino que comunicaba con San Luis? Sin duda el milagroso hallazgo.

La villa se fue poblando con la distribución de solares asignados a los hijos, parientes y amigos de don Tomás y en ocasión de la visita del gobernador Ortiz de Estrada en 1871, éste le ratificó el «apoyo oficial a la fundación de la villa, erigida por tan singular acontecimiento, que a él y sus acompañantes les habrán impresionado en sus fueros de íntima religiosidad».

El mandatario provincial pacta la forma legal para regularizar los títulos de los terrenos que había donado Alcaraz en un acta labrada el 4 de diciembre de 1871.

El milagro del Santo de la Quebrada y la fe católica

Don Tomás Alcaraz y los primeros pobladores que veneraron al Santo, mantuvieron una correcta actitud ciñéndose, para su veneración, fielmente a los preceptos de la Iglesia Católica. Los homenajes comenzaban con una novena, que también realizaban en forma particular los fieles como así también los rezos de rosarios y culminaba con la «procesión», usando para tal fin una réplica que llamaban «el personero», pues al Cristo hallado, nunca lo sacaban del templo. Del mismo modo que el crucifijo que se da a besar a los peregrinos se lo denomina el «representante».

Asimismo, a pesar de que la presencia oficial de la Iglesia ocurría una vez por año, la comunidad villera, que Maldonado denominó la comunidad orante, jamás practicó formas de veneración que no fueran las aconsejadas por la Iglesia, ni aun cuando las autoridades dejaran de ser parte de las celebraciones.

Por diferencias con los sucesores de Juan Tomás Alcaraz. Durante algunos años, mientras persistió este distanciamiento, en forma aislada asistían sacerdotes para oficiar misas y ejercer los deberes que el ministerio les impone en otros lugares públicos como la plaza o escuelas.

Los habitantes de la villa, con el correr de los años vieron cómo peregrinos de otras regiones opacaban la participación de esta comunidad, y que generalmente por obra de la masividad eran portadores de los excesos que muchas veces fueron duramente criticados.

Es así, entonces, que llevan esta queja a los dignatarios de la Iglesia quienes receptan esta marginalidad y fijan el 14 de setiembre como fecha de celebración para el pueblo de la Quebrada. El día fijado coincide con la conmemoración de la Exaltación de la Santa Cruz.

La capilla

La primera capilla es la que hace construir su meritorio descubridor, don Juan Tomás Alcaraz, ubicada en el mismo lugar donde fue hallado el crucifijo milagroso. La edificación y el mobiliario fue producto, además, del esfuerzo de la familia Alcaraz, de las donaciones de los fieles lugareños o bien las que realizaban los promesantes.

Construida la capilla, Alcaraz, católico obediente, muy probablemente haya impuesto personalmente de la novedad salvífica a las autoridades de la Iglesia y de aquella participación.... «resultaría la fijación de la fecha 3 de mayo como día de celebración patronal» (Maldonado), que se corresponde con el día de la «Invención de la Cruz», que es recordatorio del hallazgo del Santo Madero donde fue sacrificado Nuestro Señor.

Según la nutrida obra de Maldonado, entre los sacerdotes que por esos lejanos tiempos del siglo pasado actuaron en la villa debe mencionarse muy especialmente al presbítero Justo del Carmen Arce, como «factor decisivo en el correcto culto devocional al Santo Cristo desde su comienzo».

Pasado casi medio siglo de la construcción de la primera capilla, ésta había entrado en un proceso de deterioro que llevó a los «dueños» del Santo a edificar un nuevo templo. José Ignacio Maldonado en una correcta correlación de fechas afirma que en 1891 ya se «habría habilitado el nuevo templo».

De acuerdo a las características del nuevo templo, en su construcción no habría participado ningún profesional y sería obra de artesanos y de entendidos idóneos sin ningún título.

Situaciones controvertidas

Desde el descubrimiento del Santo Cristo las relaciones entre la familia descubridora y la Iglesia fueron armónicas y aún después de fallecido don Juan Tomás Alcaraz, su hijo Sinforiano fue designado síndico por los dignatarios eclesiales, según consta en un documento donde se adjudica la hijuela para don Sinforiano. Evidentemente esta designación del síndico recae sobre la capilla y los bienes que allí se encuentran que a partir de aquel momento quedan bajo su custodia.

No se ha podido recoger por documentación o indagando la memoria colectiva cuáles fueron las razones del entuerto que determinó el alejamiento de la Iglesia en las festividades del Santo Milagroso, Maldonado infiere que esta situación probablemente haya tenido su origen en disposiciones que el obispo Orzali tomó respecto al gobierno de la Iglesia en su jurisdicción y que en cumplimiento de las mismas hayan reclamado la transferencia del templo para que fuera la Iglesia la encargada del mismo y obviamente de la Santa Reliquia.

Esta pretensión debió ser rechazada por la familia Alcaraz interpretando el sentir de los pobladores quedando por más de 30 años la capilla sin asistencia sacerdotal.

A raíz de esa ausencia clerical y por carecer de dicha tutela, «...el aspecto religioso iba siendo superado por las situaciones de pecado: juegos de azar, orgías, bailes, lupanares y otras deplorables actividades -que fueron de público conocimiento- deterioraron la fe cristiana» (Maldonado).

Ante la preocupante persistencia de esta caótica situación que se renovaba año a año aumentando estas perversiones, explotadas, generalmente por elementos foráneos, monseñor Pedro Dionisio Tibiletti decide tomar enérgicas medidas, ante las infructuosas tratativas con los herederos de doña Liboria de Alcaraz acudiendo a la Justicia y haciendo valer los derechos consagrados en el Concordato, que fija los términos de las relaciones entre la Santa Sede y el Gobierno Nacional, que por ser el Culto Católico religión oficial del Estado las autoridades de la Iglesia deben tener pleno dominio de los templos de ese culto.

Las acciones judiciales se realizan y en cumplimiento de las diligencias ordenadas por el juez, se incauta el Cristo y se lo traslada a San Luis, corría el año 1940.

El pueblo entero de la villa quedó profundamente dolorido y los hermanos Alcaraz no tuvieron más remedio que ceder a las pretensiones de la Iglesia y aceptaron el ofrecimiento y vendieron el templo con el mobiliario incluido en la suma de \$ 15.000.

Al firmar la escritura traslativa de dominio los vendedores hacen constar que al Señor de la Quebrada por inspiración sagrada y a pesar de los resentimientos que por un tiempo perduraron con las autoridades de la Iglesia, se reencontró con su amadísimo Santo y lo acunan en su seno del cual nunca más quieren que se aleje de ellos.

Doctor
Ricardo Alberto Gutiérrez
Director de Publicaciones
del ICCED.

EL HOMBRE DE SAN LUIS FRENTE AL CRISTO DE LA QUEBRADA

SIGNO DE CONTRADICCION

Pocas cosas pueden conmover tan profundamente al hombre de todos los tiempos como la realidad del Cristo clavado en el madero de la Cruz. El divide la historia, es el eje y punto de referencia de la vida de los pueblos, aun de los que pretenden indiferencia o adversidad.

La cátedra de la Cruz es la que posibilita al hombre de ayer y de hoy el descubrir la sabiduría. Nada más permanente, ni más simple, ni más profundo, ni más grande que el Amor de Dios. ¡Que la locura del Amor de Dios!

El cristianismo es la renovada enseñanza de esta Santa Locura, el Misterio del Hijo de Dios que se anonada por nosotros, que asume nuestros pecados (que son el verdadero peso de la cruz), y clama al padre por el perdón. Por eso aquellas letras antiguas siguen valiendo:

*«La ciencia más acabada/ es que el hombre bien acabe,
pues al fin de la jornada/ aquél que se salva sabe;
y el que no, no sabe nada...»*

Es el Cristo Dulce y Manso, pero también el que increpa a los vientos y mares, el que habla con autoridad y enseña, el que arrastra multitudes y cura los enfermos, el que ataca a los hipócritas, el del silencio y la oración larga, el que nos llama amigos.... el Señor de nuestro pueblo. Esta realidad, que a pesar de la invasión cultural por los canales de comunicación social, encontramos en nuestra gente, es indudablemente el valor más aglutinante y más rico. Por eso no pocos trabajan organizadamente en quebrar la unidad católica de América latina.

San Luis tiene hondamente hecho vida esta presencia del Cristo. Sobre él van nuestras miradas, súplicas, gratitudes y esperanzas, no sólo durante los días de la fiesta, sino en el silencio de las jornadas comunes que van tejiendo la historia de las comunidades. Por eso podemos decir que somos privilegiados.

Este amor al Cristo del Madero Redentor nos da madurez y generosidad como pueblo, nos lleva a las raíces que nos permiten identificarnos. Nadie piense que desconozco los abusos, infantilismos, o actitudes casi paganas que a veces se encuentran sobre todo en la festividad, pero rescato con mucha fuerza lo que es central; la relación de Jesús con nosotros. Esa pequeña imagen del Salvador aparecida entre la serranía de nuestra geografía, es un gesto muy importante. Es una confirmación de Providente cuidado, de tutela, de participación, de esperanza... es el hilo que nos une a nuestros padres fundadores de este pueblo puntano, y camino seguro para andar con la mirada en el futuro.

EL CRISTO DE LA QUEBRADA Y LA ESPERANZA DE LOS QUE SUFREN

El culto al Santo Cristo de la Quebrada tiene un acentuado carácter de religiosidad popular. Lo prueban las nutridas caravanas de peregrinos que en la noche del 30 de abril parten de la ciudad de San Luis en horas de la noche, para llegar en la madrugada del 1º de mayo a la Villa de la Quebrada.

Pintorescas caravanas integradas en gran parte por jóvenes estudiantes que no siempre asumen el rol de «promesantes» sino más bien de «caminantes» que cumplen un rito tradicional.

La afluencia de peregrinos que llegan a cumplir una «manda», a la par de otros que disfrutan de la parte festiva bailando, escuchando música, consumiendo bebidas y comidas típicas.

La presencia de innumerables vendedores de los más variados objetos - inclusive estampas, medallas, «santos de bulto», rosarios, etc.- le dan a la festividad patronal un toque acentuadamente pagano.

Pero en el fondo de todo ello palpita la fe del pueblo. Fe ingenua, indocta, desprovista de artificios, pero sana y sincera. Es la fe que acerca a Dios y que sin conocer literalmente el mensaje evangélico, lo respeta y lo practica.

Conmovedoras escenas de fe profunda se viven viendo personas de edad avanzada «caminar» de rodillas, largas distancias hasta llegar a los pies del Cristo. La carne sangrante tiene su correlato en la mirada suplicante. Es el expresivo lenguaje de los que no saben hablar; de los que más allá de las correctas formas litúrgicas se acercan a Dios por el camino claro y ancho de su fe incontaminada.

Viendo a esos hombres y mujeres tan humildes y desamparados, tan castigados por la vida y tan injustamente olvidados por los hombres, nuestra vanidad se desnuda y sentimos que vamos a la zaga de quienes caminan al encuentro del Redentor.

Esos peregrinos son los que generalmente cargan con la cruz de la pobreza y de las injusticias sociales; los analfabetos, los explotados, los desheredados. Los que librados de su suerte soportan el flagelo del hambre, del Mal de Chagas, del cólera. Los que siempre encuentran cerradas las puertas de los mandatarios, los que sólo son buscados para servir pero no para ser servidos.

Ojalá que viendo la carne sangrante del peregrino, su súplica nos sirva de exhortación para deponer nuestra presuntuosa superioridad.

Uno de los padres del idioma, Cervantes, expresaba a través de don Quijote que le decía a su escudero: «Tengamos comprensión y misericordia Sancho del que manda porque grave acechanza es tener que mandar. Y del que obedece porque grave y tremenda cosa es tener que obedecer. Tengamos comprensión y misericordia del superior por esa superioridad de que es

esclavo. Y tengamos comprensión y misericordia del inferior porque triste cosa es sentirse inferior en la vida del hombre».

Doctor
Jesús Liberato Tobares.

Reflexiones de un laico católico

Realmente, hasta que uno no se sienta a reflexionar sobre lo que significa el milagro de la Gracia al alcance de la mano, no toma conciencia del absurdo desperdicio que hace. Eso mismo me sugiere el Cristo de la Quebrada, allá en la tranquilidad de las sierras, siempre esperando:

¿Usted siente angustia y no puede explicárselo? Consulte a un psicoanalista, a un parapsicólogo, o si puede, compre, compre y compre.

Y Jesús sigue esperando.

¿Los niños se aburren, «molestan», no dejan descansar? Que le pregunten al televisor y sacien sus dudas en los jueguitos electrónicos.

Y, como siempre, Jesús esperando.

Jóvenes universitarios, ustedes tienen mucha «razón», todo puede resolverse razonando. Pregunten siempre: ¿Cómo? ¿Qué?, pero nunca ¿Por qué? (No es científico y sus maestros, la mayoría de las veces, tampoco lo saben).

Jóvenes todos, en búsqueda permanente: es peligroso encontrarse con uno mismo; mejor aturdirse y anestesiarse.

Y Jesús sigue esperando.

De repente, una vez al año, como si despertáramos, todos llegan hasta El. (¡No te hagas ilusiones Señor!). Carpas, música, compras, una oración a las apuradas. Uno, dos tres días en los que Jesús está más solo que nunca. (Bueno, pongamos las cosas en su lugar, hay muchos que tratan de consolarte). Y hasta el año que viene.

¿Somos el mismo pueblo de la gesta que mereció un acta reivindicatoria, pero que, por sobre todas las cosas (y no lo valoramos), mereció el Milagro de la Quebrada y el Milagro de Renca?

Sí. Aturdidos, ciegos, angustiados, anestesiados. Muchos llevamos la sangre de aquéllos cuyos nombres, ahora, están inmortalizados en el bronce y recibimos de nuestros padres y abuelos la historia del Cristo y de sus Milagros.

A todos, Jesús nos sigue esperando. Nos espera crucificado.

¿Seguiremos resistiendo a su llamado?

María Isabel Sanz de Tosetti.
Docente de la Universidad Nacional
de San Luis.

LA HISTORIA DEL MILAGRO

Introducción

Una Previa Explicación

Si se ha dicho que la fe cristiana y todo el formidable montaje de la religión que la sostiene no tendría razón de ser sin la creencia en la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, tampoco tendría sentido el culto al Cristo de la Quebrada sin la inmovible convicción del Milagro de su hallazgo por un leñador ciego.

Por más que algunos investigadores hayan ensayado sus teorías de que el descubrimiento de la imagen no fue de ese modo, la fe popular -aun contrariando todos los razonamientos que se hagan al respecto- mantendrá, por siempre, la afirmación de aquel prodigio inicial, que hizo posible, luego, la interminable sucesión de los otros actos providenciales, con los que realimenta a través de los tiempos esta devoción cada vez mayor y más extendida.

Sería una necesidad mayor -por otra parte- concebir que un culto de esta dimensión y fortaleza, se pudiera nutrir de un hecho común y corriente, como sería encontrar una imagen de un santo en la horqueta o en el hueco de un árbol o haber traído ésta de otra parte para hacerla adorar por los lugareños, y que ese hallazgo o acción no hubiese tenido para su o sus protagonistas la inconmensurable trascendencia, como se dice la tuvo para su presunto descubridor, Juan Tomás Alcaraz.

Porque hay que pensar en toda la fe, la fuerza y consagración que éste debió necesitar, para arraigar, de un día para otro, en una comunidad, un culto religioso de la magnitud del que él, junto con su esposa María Manuela Gómez, consiguiera forjar.

¿Puede alguien creer que por sólo encontrar un crucifijo, en alguna parte un tanto insólita, ya se puede salir a convencer a la gente de que debe venerarlo?

Lo primero, para acometer tan gigantesca empresa, es el estar convencido de lo que uno intenta propagar y para tener tal convencimiento -la medida arrolladora, cuasi fanática, que tuvo el hacendado Alcaraz- hace falta, incuestionablemente, que algo muy profundo y decisivo para su vida le haya sucedido con relación a lo que se puso a difundir, con tanto fuego.

Y ese algo no podía ser otra cosa -para Juan Tomás Alcaraz-, que el haber recuperado la vista -por tal acción milagrosa- y permitiéndole así realizar su vida, en plenitud, cuando la ceguera ya había quitado toda posibilidad de felicidad con su unión matrimonial a una mujer a quien amar. Colóquese el lector en su lugar, y piense...

Todo esto es la premisa que orienta la estructura conceptual de la leyenda hilvanada en base a los distintos datos obtenidos de campesinos de Villa de la Quebrada y alrededores y especialmente de aquéllos que por estar menos influidos por las especulaciones de los tratadistas conservan, en toda su pureza, la raíz del mito, leyenda o milagro.

Prof. Hugo

LA HISTORIA DEL MILAGRO

Hacía rato que el Sol había sobrepasado el primer cuarto de ascensión hacia su cenit, cuando tranqueando despacio, con un ritmo de embelesamiento y tomados de la mano, una muchacha como de veinte años y un mancebo, algo mayor, de pelo renegrido este último y de físico atlético, se dirigían hacia un claro del bosque de algarrobos que, cual una gigantesca flor de verdes copones, se alzaba al pie de la enhiesta sierra de San Luis, en la boca, literalmente, de la cañada u hondonada llamada, por entonces Quebrada del Mollar o «del Malo» por aquellos sencillos campesinos, criadores de cabras, vacunos y equinos, aposentados, desde el siglo XVII, allí, donde, aproximadamente es hoy Villa de la Quebrada, y la que, con el tiempo, se habría de convertir en el escenario de la más extraordinaria historia de fe popular y de amor entre dos seres que aparentemente condenados a vivir separados, por la ceguera de uno de ellos, fueron convertidos por el milagro de Dios, en la pareja más feliz de la Tierra, la que, en retribución, juró difundir de tal manera su veneración cristiana que, en pocos años, aquella aldea minúscula, se convertiría en el centro de adoración católica de mayor dimensión de la Argentina, con peregrinos que llegaban por millares de La Rioja, Mendoza, Córdoba y aun de Chile, San Juan, Bolivia, etc.

¿Quiénes son los protagonistas de la historia que así caminan con gesto de arrobo, cual si marcharan sobre nubes y en el Edén?

El es Juan Tomás Alcaraz, hijo de doña Casimira Alcaraz, a la que no hacía mucho acababa de perder, quedando en posesión de una inmensa heredad de alrededor de 1.660 hectáreas, la estancia «La Quebrada», en la que pacían por sus valles y cañadones fértiles, centenares y centenares de cabras, caballos y vacas. A la sazón, el ganadero apenas si tiene 21 años y podría disfrutar con su riqueza, a las mil maravillas su juventud. ¡Pero es ciego! Nacido en 1826 en «El Guanaco», a dos leguas escasas de su estancia «La Quebrada», se había quedado allí, hasta entonces, una por acompañar a su madre y otra por no sentirse lejos de María Manuela Gómez, dos años menor que él, quien, viviendo a unas pocas cuadras de su domicilio, había sido, desde su infancia, su compañera inseparable de juegos y, además, su lazarillo infaltable después que, a los nueve años, tuviera una caída de un caballo cuando, habiendo ido a recoger las vacas para la leche, sorprendió a unos indios Pampas robando hacienda. Heroicamente, tras dispararle, cual el legendario David, una certera pedrada, con su honda de tientos y cuero de ternero nonato que él mismo había hecho, al que se estaba llevando una cabrillona, corrió a avisarles a los pastores de los alrededores, sobre la incursión indígena y, en tal circunstancia el animal que montaba tuvo una rodada y él fue a dar con su cabeza contra una piedra, ocasionándole el accidente la pérdida total de la visión.

Una desgracia que se supera con esfuerzo y amor

La desgracia, no obstante, no amilanó al chico, el que, siempre asistido por María Manuela Gómez, continuó tratando de realizar todas las tareas que, para ayudar a su madre, se había impuesto. A fuerza de repetir los movimientos que antes ejecutaba guiado por sus ojos, y, ahora, ayudado por los ojos de su tierno y paciente «lazarillo», había conseguido tal destreza, en casi todas las acciones, generalmente vedadas a los no videntes, que ya para su edad juvenil era lo que se dice un campeón en materia de hachar árboles - con su hercúlea fuerza y precisión en los tajos- moler maíz para la mazamorra diaria; encender fuego; cabalgar y aun domar equinos y mulares indómitos, y, qué decir de construir pircas, hacer cercos de ramas y aun bolear potros cerriles, guiándose, solamente por los sonidos de sus cascos al golpear contra el suelo en el momento de su huida a la carrera. Pero, como es lógico, para ir a hacer cualquiera de estos trabajos, debía ser llevado por alguien al lugar de la actividad a realizar y puesto al tanto de las circunstancias de la situación en la que se vería envuelto, y ese alguien, era, permanentemente, María Manuela Gómez; sus ojos veían por él y si éstos no estaban, la oscuridad sí que era completa, triste, desesperanzadora para Juan Tomás.

El oculto hilo de un drama sin salida

«Yo te dejaré en el centro de este rodeado de algarrobos que se abre frente nuestro para que tú puedas hachar la leña que habrás de llevar para estos días de mal tiempo que se avecinan», decíale la muchacha, sin desprenderse, aún de sus manos.

El ciego llevaba una filosa hacha bajo el otro brazo, mientras que su mano libre sostenía un apetitoso trozo de «patay», de los que a intervalos le iba alcanzando, de su cesta, María Manuela.

«No sé qué sería de mi vida sin ti», le respondió el joven, al tiempo que agregaba: «Puedo hacer de todo, pero tú tienes que ayudarme en la acción inicial. Es como si fueras parte de mí y la parte más esencial, la de poder ubicarme y entender la situación que debo afrontar».

La joven, que siempre estuvo enamorada de Juan Tomás, de su generosidad, de la pureza de sus pensamientos y de su figura como moldeada en el arquetipo más perfecto del hombre sanluiseño, con sus facciones, mezcla de las del guerrero inca con las del conquistador español, respondióle entonces, con toda intención: «Pues deberías independizarte un poco de mí y casarte, para que vuestra esposa sea quien os guíe. Hay tantas chicas de la región que se fijan en ti, que no sé porqué no te decides por alguna de ellas».

Pero la ceguera de Juan Tomás había cerrado, literalmente, su corazón para el amor. A falta de mayores percepciones externas, su alma, luego de

quedar ciego, habíase enriquecido extraordinariamente con el fluir ininterrumpido de su mundo interior, que lo había convertido en un filósofo; pero en un filósofo estoico en el que la mayor virtud era la del sacrificio en bien de los demás. Por eso no podía aceptar que alguien le diera lo mejor de su vida casándose con él para ser prácticamente una esclava de sus necesidades y de su condición de ciego.

Además -y esto lo tenía encarnado en todo su ser- dábase cuenta, a raíz de tantas meditaciones en la oscuridad de su mundo, que sin la vista, sin los ojos, para apreciar la belleza del otro sexo, no puede haber jamás un amor verdadero, apasionado y humano, entre un hombre y una mujer. Por ejemplo para él, María Manuela lo era todo. La dulzura de su voz; la alegría contagiosa que siempre la envolvía; el tibio y acariciante aliento de su boca; la sabia y clara expresión de sus ideas; su entusiasmo casi infantil por todas las cosas; su buen corazón; su disposición para emprender aventuras nuevas, su optimismo y su fe, tan firmes y contagiosas, no tenían parangón y hacían que él, con ella, se sintiera feliz, animado y dispuesto a acometer cualquier empresa o acción, por más difícil que fuera. Pero como no la podía ver. Como no podía apreciar su belleza física de la que sólo recordaba el perfecto diseño de su rostro de niña, cuando tenía ocho años y sus trenzas de cabellos renegridos y sus ojos de azabache la adornaban, no sentía, por ella, atracción erótica alguna, y, sí, sólo un amor «platónico» que, según sus propias reflexiones no era suficiente para llevar a nadie frente al altar.

Con el fin de formar una familia que le diera muchos hijos como en su doctrina personal, de ciego, entendía debería ser el matrimonio. Por eso cada vez que María Manuela, con insinuaciones o directamente, abordaba el tema, él, invariablemente respondía: «¡Cuánto daría yo por ser como los demás hombres y casarme. Me imagino un hogar de felicidad permanente con una esposa a la que siempre estaría amando y sirviendo, como a una reina, a todas horas. Me siento feliz sacrificándome por los demás, pero sufro cuando alguien debe hacerlo por mí. Por eso, todas las noches rezo para que Dios me devuelva la vista y poder así fundar una familia con la mujer que mis ojos eligieran por su belleza, transmitiendo a mi corazón ese súbito flechazo carnal, sensitivo, que se llama amor pasional, y sin el cual toda relación matrimonial, con vistas a la procreación de hijos, se hace mecánica cuando no mortificante.

La conversación siguió, un rato más hasta que María Manuela le dijo con su tierna suavidad de siempre: «En la servilleta sobre el tronco del árbol que tienes a tu lado, te dejé un trozo de patay y pan que mis tías hornearon ayer. Ahora me voy a darle una vuelta a la majada y ver, a tiempo, si los chivitos más chicos no se han quedado perdidos, atrás. Además debo llevarle leche al perro pastor y cortar algunas chascas y liguillas para las cabras más viejas o debilitadas, no vaya a ser que por falta de fuerzas no puedan regresar este atardecer al corral. Al mediodía estaré de vuelta para que volvamos a nuestras casas».

«Anda, mi buena amiga. Que Dios siempre te acompañe y proteja porque eres la más buena persona que he conocido sobre la Tierra. Qué no haría yo por saber que un día has encontrado el príncipe azul de tus sueños y que serás la reina de un hogar donde nunca falte la felicidad y el bien».

«El príncipe azul yo lo llevo conmigo en mi alma, pero no te diré quién es», contestóle, significativamente, la muchacha, al tiempo que dándole una palmada en el hombro le dijo: «Pues, hasta luego... que me iré rezando por ti,

para que recuperes la vista y puedas ver, entonces, quién será la dueña de tu corazón».

El milagro de la recuperación de su vista y hallazgo del Cristo

Juan Tomás se quedó como estático unos segundos, como meditando sobre lo escuchado, pero luego, tomando decididamente el hacha, en actitud de empezar con su faena, se dedicó a «tantear» a su alrededor, con su mano izquierda, los árboles circundantes. Los había tiernos, de tallos aún delgados; más corpulentos, con sus cortezas rugosas, denunciando los años de su origen y también secos o ya moribundos por la acción del tiempo y el rigor del clima. Precisamente eran estos últimos a los que tenía en mente para abatir. Necesitaba leña seca como para calentar el horno de adobe que, con sus manos fuertes, nervudas, pero extraordinariamente sensitivas para palpar los objetos y percibir su naturaleza, había construido dos años atrás, antes de fallecer su madre, y en el que ésta además de hornear el pan y las riquísimas tortas de grasa, las empanadas, los pasteles «en fuente» y las infaltables «tabletas» de arrope de chañar o piquillín, doraba el patay de algarroba y hacía los mejores asados de cerdo, de cabrito y aún de «quirquincho», que se conocían en la región, donde la casa de los Alcaraz era como un «faro» de guía espiritual y hogar de tránsito para quienes, sorprendidos por la noche, debían pernoctar en algún sitio, por ahí. Su vaquía con el hacha, hizo que no necesitara de mucha exploración previa para que en minutos comenzaran a caer los trozos de leña que iba hachando con admirable precisión, cual si fuera el hombre de vista más aguda y de mejor puntería para asestar el hachazo justo en el lugar que había que darle para que el tajo resultara eficaz.

Estaba en eso cuando, de pronto, le pareció oír, a su derecha, y a muy pocos metros, quizá en la segunda fila de los algarrobos que lo rodeaban, en ese círculo que se había ido abriendo con su acerada herramienta, un quejido profundo, como brotado de adentro de algún árbol. Detuvo, entonces, un instante, el rítmico accionar de su hacha, cayendo veloz y potente contra los gajos secos, más aptos para leña, para poder oír mejor el lamento aquél, que, por momentos, parecían ser ayes desesperados, lastimosos, de alguien herido y aprisionado, víctima de gran sufrimiento y desesperación. Sin embargo con la brevísima pausa impuesta a su tarea no escuchó más nada. Pero Juan Tomás estaba seguro de no haber sido engañado por sus oídos. Como buen ciego tenía tan bien desarrollado este sentido que podía oír el rumor de las aguas de los arroyos de la región, discurriendo por entre las quebradas a muchas leguas de distancia; y apoyando una de sus orejas sobre el suelo podía saber, con exactitud, si las caballadas que galopaban, a varios kilómetros de «El Guanaco», eran de «cristianos», amigos, o de los fieros y terribles indios Pampas, que dos por tres pasaban por allí con sus malones infernales, llevándose todo cuanto había a su alcance. No, no era una ilusión auditiva pensó para sus adentros el hachero. Acostumbrado, además, a compartir con los lugareños, las sensaciones que por las noches venían desde la sierra inmensa, con sus misterios y aquelarres, y los mil y un ruidos de carcajadas de

brujas, tañir de campanas fantasmas, percutir de «cajas» o «tambores», siempre lejanos, inalcanzables y los que el lugar albergaba con tal prodigabilidad que, no pocos, lo llamaban, por eso, «La Quebrada del Malo», donde mora «el diablo», se daba muy bien cuenta que lo que confusamente acababa de percibir no tenía nada que ver con ese universo perverso de las fuerzas del mal, sino más bien que parecía ser lo que está del otro lado; del lado del bien y de los espíritus propios del mundo de Dios.

Al no repetirse el lamento, el joven continuó hachando. Pero no había alcanzado a dar tres nuevos golpes de hacha cuando, de pronto, escuchó, ya con más claridad, otro gemido penetrante, prolongado, que parecía estar pidiendo, con urgencia, un «Ayúdame, por amor a Dios», que ningún humano, con un poco de corazón, podía resistirse a atender. Entonces, dejando el lugar donde se hallaba, hacha en mano, caminó, tanteando, con sus manos extendidas hacia adelante, para orientarse y no tropezar, hacia el sitio del cual le pareció provenía aquel desgarrador gemido. Y esta vez no fue como solía sucederle, cada vez que iba en pos de alcanzar el sitio de donde parecía provenir el sonido de algún tambor o la carcajada de una bruja, y al que nunca llegaba por cuanto aquel se alejaba a medida que él se aproximaba. No... ya a los primeros pasos de su vacilante marcha el misterioso sonido empezó a hacerse cada vez más definido, claro y nítidamente ubicado en un grueso algarrobo, de corteza rugosa, aunque bien verde y viva.

Juan Tomás, con tal orientación, no tuvo ninguna dificultad en llegar al lugar de donde parecía salir el quejido y como si sus manos fueran un diapasón o un artefacto ultrasensible para captar las ondas sonoras que provienen de algo que está oculto o encerrado en un recipiente totalmente hermético, las fue deslizándose, como en una caricia, suavemente sobre el algarrobo, de donde parecían brotar los ayes aquéllos, hasta que, deteniéndolas, finalmente, sobre un punto de la corteza vegetal, como hace un médico con su estetoscopio para auscultar la cavidad torácica, cada vez, que percibe un ruido interior, fuera de lo normal, se dijo para sí: «Este es el sitio. Aquí está lo que produce el gemido. ¿Qué es? Sólo abriendo el árbol podré saberlo». Y acompañando su palabra con la acción lanzó, sobre el sitio exacto donde sus manos le habían indicado estaba el centro de procedencia del enigmático sonido, un fuerte hachazo, el filo del instrumento penetró tan profundamente en la verde madera de abajo de la corteza, que un chorro de savia, del vegetal herido, saltó sobre los ojos del hachero, devolviéndole repentinamente ¡oh milagro! la vista, para que pudiera ver, dentro de una pequeña cavidad, que el tremendo tajo había dejado al descubierto en el tronco, un crucifijo de madera, de unos 15 centímetros de alto por otros tantos de ancho, con la imagen del señor Jesucristo, crucificado, hecha en yeso, o con algún otro material similar de los que utilizaban los imagineros de la época de la colonia para hacer sus santos de la liturgia católica.

En la cumbre de la exaltación y júbilo.

Siempre, Juan Tomás había sido fuerte y resistente a todas las emociones y novedades imprevistas, por más impresionantes que éstas fueran

para la mayoría de los demás. Su ceguera, que le había llevado a permanecer si se quiere aislado del mundo exterior, y viviendo más de la actividad de su rico mundo interior, lo había hecho si se quiere demasiado moderado para reaccionar a los estímulos de afuera y eso le había dado el temple y la serenidad que muchos admiraban de él.

Sin embargo, no estaba preparado para experiencias sobrenaturales como la que acababa de vivir y aunque siempre sus mayores le habían relatado historias sobre milagros, él jamás se había imaginado, siquiera, que pudiera ser el protagonista de un hecho como el que acababa de vivir y que, de suyo, lo convertía en un elegido de Dios.

A lo primero que atinó, tras su anonadamiento inicial, fue gritar a todo pulmón con un vozarrón tal que las montañas parecían querer transmitir, a través del eco, a la tierra sus exclamaciones «¡Milagro! Miiiiilaaaagrooo. Encontré a Nuestro Señor Jesucristo y me devolvió la vista! ¡Milagro! ¡Milagro!, ¡Milagro! ¡Vengan a ver todos! Puedo ver. En un algarrobo estaba el Señor Crucificado... Yo lo liberé del encierro. Y El me liberó de mi ceguera. Vengan, vengan. ¡Aleluya! ¡Dios, santo! ¡Bendito sea, Jesús! Me habéis devuelto la vista y con ella la vida. Ahora me podré casar y con mi esposa haré que todo el mundo sepa de vuestro milagro y de vuestro poder... ¡Qué feliz soy, ahora! Gracias señor Dios».

Dicho esto, casi en medio de sollozos de emoción y mientras agitaba los brazos al cielo, como queriendo mostrar hacia lo alto, el Cristo crucificado que tenía entre sus manos, dejó el hacha y comenzó a correr en dirección a las lomas, hacia donde suponía se había dirigido María Manuela gritando nuevamente: «María, María, María ¡ven a ver lo que ha pasado! ¡Milagro!, encontré a Dios en un árbol y me ha devuelto la vista. ¡Ahora te podré ver y compartir contigo lo que te emocionaba y te llenaba de dicha. Ven, María ¡Milagro!».

Y así siguió corriendo y gritando a todo pulmón todo cuanto en su inmensa dicha de ese momento, se le ocurría.

Y el milagro del amor también se hizo.

Y María Manuela, que desde casi un kilómetro de distancia donde estaba cuidando a sus cabras, le había oído, pensando en un ataque repentino de locura de su adorado Juan Tomás, ya venía también corriendo alarmada por lo que suponía había sucedido. Y así fue, que a los pocos minutos de estar buscándose, se encontraron junto a un arroyo para protagonizar, entre ellos, la escena más tierna que mortal alguno podía imaginar y que el mismo Cristo, recién hallado, parecía haber promovido con su providencial intervención.

« ¡María Manuela! ¡Milagro! ¡Recobré la vista!... Encontré en un árbol a Cristo crucificado y él me devolvió la vista para que pudiera verte y enamorarme de ti. Eres bellísima y ahora que te he visto sé que te amé siempre y que no habrá ninguna otra mujer para mí. Nos casaremos de inmediato. Dios nos quiere ver convertidos en marido y mujer para que difundamos en todas estas tierras la fe cristiana y el poder de Dios a través de

esta imagen, a la que debemos cuidar con nuestras propias vidas, si es necesario...».

Y como si un impulso llegado del cielo le empujara Juan Tomás, que nunca ni siquiera pensó en tocar las mejillas de su amiga y lazarillo, la tomó por el talle y tras levantarla cual si fuera una leve pluma, junto al Cristo hallado, mirando al cielo dijo, todavía frenético por el momento vivido: «¡Gracias Dios! Aquí está mi amada. No me separaré nunca de ella!». Y tras esas palabras la llenó de besos, mientras giraba todavía con ella sostenida en el aire, cual si estuviese danzando para un público celestial y representando la más enternecedora página de amor.

Comienza la difusión del prodigio

Calmada la euforia de esos primeros momentos, Juan Tomás y María Manuela, corrieron, con sus brazos entrelazados, y dando, de vez en cuando, verdaderos pasos de baile festivo, hacia la aldea de «El Guanaco».

Quién iba a imaginar, allí, lo que había ocurrido, pero cuando uno de los vecinos vio aproximarse, dando saltos de alegría, al joven ganadero colindante, advirtió que algo sobrenatural había ocurrido por cuanto no resultaba de ninguna manera explicable que saltase así, siendo ciego.

Pero no alcanzó a pensar mucho en ello por cuanto Juan Tomás lo libró de su perplejidad diciéndole jubiloso: «Prepárense todos para el festejo que habremos de hacer. Ha ocurrido un milagro. Allá en la boca de la quebrada, dentro del hueco de un algarrobo encontré la imagen de un Cristo crucificado y éste me devolvió la vista. Ahora puedo ver igual o mejor que ustedes y gracias a ello es que pude darme cuenta que amo a María Manuela y como de inmediato me casaré con ella, hoy mismo nos comprometeremos y saldremos a difundir todas estas buenas nuevas por toda la región... llevaremos guitarras y flores y velas... Y al Cristo en un cofre especial, que ahora mismo empezaré a hacerle hasta que le construyamos un oratorio para que toda la gente lo vaya a adorar y a recibir el afecto bienhechor de sus milagros. «Cuántos hay que querrán recuperar la vista; otros la buena salud, algunos quizá le pidan una esposa buena, como me la dará a mí; otros, ayuda para salir de su pobreza, o protección para alejar las plagas de sus sembrados; las acechanzas del león de los ganados y en fin, su divina protección para alcanzar el bien y la felicidad. Por favor, avise a los vecinos sobre lo que ha sucedido y convide a todos para esta noche en mi casa. Daremos la gran fiesta y nuestro Señor Jesucristo será su rey. En adelante le llamaremos 'Santo' o 'Señor de la Quebrada', donde lo he hallado. Y además de ser un Cristo campesino, humilde como nosotros, que se allana a estar en una capilla humilde, será un Cristo alegre, pletórico de optimismo y entusiasta y al que más que la solemnidad o el boato palaciego, le gusta la vida sencilla de los campesinos, disfrutando sanamente de sus diversiones y sintiéndose feliz ante el dulce encuentro de los enamorados y las románticas canciones que cantan los pueblos alrededor de sus fogones o en sus ferias y mercados donde bulle la realidad cotidiana de la gente que trabaja. Mañana a su vez, enviaremos «chasquis» a Carolina, Pancanta, Nogolí, San Francisco y demás pueblos próximos para que, como por un reguero de

pólvora se haga saber de este milagro y se convoque a todos a conocer, aquí, el milagroso Santo. Ya hemos conversado con María Manuela y antes de una semana nos trasladaremos a San Luis para que la Iglesia bendiga al Cristo hallado y para casarnos y dedicarnos a propagar la fe en nuestro Santo de la Quebrada, que no será de nuestra propiedad personal, sino de toda la comunidad que quiera venerarle y beneficiarse con sus milagros».

La fiesta del milagro

Y llegó la noche y la fiesta del Cristo. Centenares de campesinos de muchas leguas a la redonda, se habían literalmente arracimado en la vivienda de Juan Tomás Alcaraz, en «El Guanaco», es decir a una legua escasa del sitio donde había tenido lugar el providencial hallazgo del Crucifijo y el milagro de la recuperación de la vista por parte del joven estanciero.

Habría que haber visto aquel extraordinario espectáculo de caminantes, jinetes y personas en catangos o carros, bajando de las sierras, algunos con antorchas encendidas, para estar presentes en la celebración del descubrimiento y del sin igual prodigio de la devolución del poder de sus ojos a un ciego, para tener una idea de lo que fue aquel encuentro entre hombres que quizá nunca se habían visto antes y que provenían de San Francisco, de Luján, de Nogolí, de Carolina, de San Luis y hasta de muchas otras partes más distantes.

¿Cómo es que la gente, renuente, casi siempre entonces, a trasladarse más allá de las dos o tres leguas de su domicilio, se había volcado, de esta manera a la casa de los Alcaraz?

Es que Juan Tomás, conciente desde un primer momento, después de hallar el Cristo y recuperar la vista, de su irrenunciable deber de erigirse en un devoto adorador del prodigioso Santo, y en un activo difusor de su poder, no bien regresado a la casa, y cuando aún no era mediodía, había llamado a sus más fieles peones y a los más consecuentes amigos para decirles: -Ya saben lo que ha pasado y esto es un Milagro de Dios que tenemos la obligación de hacer conocer a todos los vientos. Desde este mismo momento quedan ungidos como mis ayudantes para la gran cruzada que vamos a emprender a fin de que el Cristo de la Quebrada sea conocido desde un punto a otro de la región y su fama trascienda, incluso, los límites de la Argentina. Pues, entonces, tomen sus caballos y si no los tienen a mano, tomen los míos y corran, corran a comunicar lo sucedido por todos los parajes, aldeas, villas y villorrios que antes del anochecer, alcancen a notificar.

Y esos improvisados «apóstoles», convertidos en diligentes chasquis, salieron «reventando caballos» -por la furia del galope al que se los hacía marchar- en todas direcciones, y parándose tan sólo, donde había agua para abreviar las cabalgaduras o pequeños puestos de campo donde se suponía moraban algunas familias a las cuales debíase anotar del sin par acontecimiento.

A las pocas horas, cuando la tarde parecía poner tonos rojos en la línea del horizonte, la noticia de un Cristo milagroso, hallado en el hueco de un árbol por un leñador ciego, el que había recobrado instantáneamente la vista, al

hacer el descubrimiento, ya estaba en todas las bocas y, aun en los lugares más aislados, gente que había dejado, inmediatamente, sus ocupaciones para salir de inmediato hacia «El Guanaco» o la «Quebrada del Mollar», a fin de rendir adoración al Santo recién aparecido y conocer por sí mismos a los protagonistas de la providencial escena del hachero abriendo con un tajo de su hacha, la cavidad donde se encontraba la imagen todopoderosa.

Y habría que haber visto las ofrendas para el Hijo de Dios, también los preparativos en cada casa, para llevar consigo algo de valor que pudieran ofrendarle al Cristo crucificado. «Tenemos esas docenas de velas de cebo que hicimos el otro mes. Envuélvelas, Teodora, que se las llevaremos al Cristo, en prueba de nuestra devoción» -deciales, por ejemplo, un montañés de Carolina a su mujer. Otro en cambio, del lado de San Francisco, sin vacilar, corría hacia el corral de cabras para manear cuatro de sus mejores chivitos y colocarlos en las ancas de su caballo para marchar, con ello, hacia lo de Juan Tomás Alcaraz.

Otros recurrían a sus reservas de tortas y patay y hasta de quesos, quesillos y «tabletas», pero nadie quería ir con las manos vacías. Quien más, quien menos, había sentido alguna vez hablar de la forma cómo los Reyes Magos y la gente toda, había adorado a Jesucristo, en Belén, cuando nació. Y todos querían actuar de manera parecida, ya que si bien es cierto, no se trataba del nacimiento del Niño Dios, sino del simple hallazgo de un crucifijo, con la imagen de Cristo, la circunstancia en la que había sido efectuado el hallazgo y la recuperación de la vista por el leñador, hacían tan prodigioso el hecho que, en el alma de aquellas sencillas personas, éste cobraba una dimensión inconmensurable y divina, sólo equiparable a lo ocurrido aquella mágica Navidad de comienzos de la Era Cristiana.

El doble milagro: el de la vista y el del amor

Los dueños de casa y sus voluntariosos ayudantes de la vecindad no daban a basto para atender tanta gente, para mostrarles el Cristo recién hallado y relatarles lo ocurrido no solamente a Juan Tomás, cuando de un hachazo abrió el hueco del árbol, y la savia le saltó a los ojos, para devolverle la vista y poder ver al Santo oculto en la madera, sino también para contarles, cómo en realidad, el de ese día, había sido un doble milagro, al poder él ver en toda su belleza a María Manuela y caer así rendido, a sus pies, de inmenso amor, cuando creía que jamás se casaría con nadie «porque sin ojos el alma sentimental no siente, no ama, ni se compadece! ».

Como el mancebo solía filosofar.

El Cristo, acomodado en un cofre especial que le había fabricado Juan Tomás no bien llegado a la casa, parecía disfrutar a sus anchas de la velada y mientras algunos bailaban, al son de las más dulces y candenciosas músicas de la zona, a su alrededor, otros, por turno, se acercaban respetuosos para dedicarles bellas serenatas, cogoyos y otras expresiones folclóricas.

Discurso de Juan Tomás inaugurando la cruzada de fe en el milagroso Cristo

Como a las 11 de la mañana del otro día la gente comenzó a dispersarse, para regresar a sus respectivos lugares de origen, pero antes de despedirse de Juan Tomás y de María Manuela, aquél les había hablado para decirles: «Muy queridos amigos. Estos son días de júbilo tanto para mí, que he recobrado la vista, por obra de Dios, como para María Manuela, que ha encontrado, de pronto, un hogar, el que formaremos ella y yo, de inmediato. No cabe en nuestros corazones tanta dicha, pero la mayor conquista ha sido el hallazgo de este Cristo milagroso que tengo la seguridad cambiará nuestras vidas; protegerá nuestra salud; cuidará de nuestros bienes, hará prosperar nuestras haciendas y el día de la muerte nos ayudará a morir en paz y llegar al Reino de Dios». Sería egoísta si me lo guardara para mí o para la sola guarda de nuestra casa y de nuestro amor con María Manuela. Bien es cierto que es el Hacedor único de nuestra felicidad de hoy, de que con mi bien amada hayamos encontrado esta inmensa dicha, que hoy reflejamos. Pero también es cierto que ustedes han acudido aquí creyendo en El y han llegado con tremenda fe para adorarlo. Pues bien: el Cristo será de todos y entre todos lo veneraremos. Mañana mismo, luego de dejar arreglados algunos asuntos aquí, y de despachar unos emisarios a San Luis, para que se celebre, en la iglesia principal de allá, nuestra boda, lo antes posible, y se bendiga al Cristo, saldremos con María Manuela, a caballo, y acompañados por todos los lugareños que quieran seguirnos, a predicar la milagrosa aparición del Santo de la Quebrada por todos los sitios, los alrededores y comarcas más distantes. Les ruego a cada uno de ustedes arreglar con mi novia el día y hora aproximada que estaremos por allá, para que se reciba al Cristo como se lo merece, con todas las honras y muestras de veneración correspondientes. Convoquen musiqueros; que la gente lleve velas y que por todas partes se lo reciba con ofrendas. Los enfermos u otras personas que esperen de El un milagro pueden promesarle pero guay! del que no cumpla con lo prometido. Vayan en paz, amigos. En los próximos días estaremos con ustedes».

La cruzada de la pareja prodigiosa

La predicación de Juan Tomás y María Manuela se hizo como se había programado y durante una semana, la pareja, llevando el Cristo cuidadosamente envuelto en las alforjas del caballo de carga que los seguía al son de la campanilla de la yegua madrina que montaba la muchacha, recorrió- acompañada cada vez por más y más campesinos que se iban sumando a la caravana, como atraídos por el flautista de Hamelin-, cantidades de poblados que parecían despertar, de su letargo de siglos, con esta visita excepcional de la imagen del Hijo de Dios. La gente corría por los caminos vecinales a avisar la llegada de la pareja y de su divina carga: El Cristo. Y donde Juan Tomás y

María Manuela llegaban lo primero que apreciaba la gente era la simpatía arrolladora de los dos: la dulzura, la alegría y el entusiasmo inacabable de María Manuela; y el poder de convicción, la palabra galana, la guapeza y virilidad de Juan Tomás. Y lo primero que hacían los visitantes era buscar un sitio adecuado para alojar al Cristo y disponer con los dueños de casa lo necesario para el festejo, -de manera que no faltara animación y que el Santo se sintiera a gusto entre la lumbre de las antorchas y velas, los compases de las canciones de los musiqueros y la cháchara, interminable, de los que congregados junto a los faroles, relataban aventuras o ensayaban alguna que otra danza mientras en cordial camaradería disfrutaban de algún asado o de una «locreada»».

Al séptimo día un mensajero llegó a la carrera al paraje donde se encontraba en ese momento la pareja de predicadores y antes de descender de la cabalgadura, casi gritó con voz agitada por el esfuerzo del viaje: «Juan Tomás... María Manuela... El cura de San Luis os ha fijado para mañana el día de vuestra boda y también la bendición del Santo, tienen que volver a vuestras casas para prepararlo todo. Mientras tanto los vecindarios por donde he pasado ya fueron avisados para que por la noche estén todos en 'El Guanaco', para adorar al Cristo y asistir a la fiesta de vuestros esponsales».

El casamiento

Por fin, el casamiento de María Manuela con Juan Tomás, promovido, sin duda, por la intervención milagrosa de Dios a través, del hallazgo del Cristo, que permitió al joven campesino, ciego «ver» a quien hasta ese momento sólo había sido su lazarillo, para caer perdidamente enamorado a sus pies, se efectuó, tal como había sido anunciado el 27 de agosto de 1947 - tan sólo ocho o nueve días después del milagro, en la iglesia Santo Domingo de la ciudad de San Luis, labrándose, en tal ocasión, la siguiente acta: «En la iglesia parroquial de San Luis, el 27 de agosto de 1947, mi ayudante el presbítero don Norberto Vera, con mi licencia, casó y veló «in facie ecolesia» a Juan Tomás Alcaraz, vecino de «El Guanaco», e hijo natural de la finada Casimira Alcaraz, con María Manuela Gómez, de la misma vecindad, hija legítima de los finados Manuel Gómez y doña Juana Jofré, después de haberse producido la correspondiente información y de haber sido proclamados, en los días festivos que al margen se expresan. Padrinos don Alejo del Río y doña María de la Paz Lucero, en cuya presencia les hizo la exhortación que trae el ritual romano, y para que conste lo firmo. Juan José Gil, J. cura y vicario».

Según el historiador José Ignacio Maldonado los novios tenían en ese entonces, él 21; ella 19.

Pidiendo consejo a la Iglesia para organizar los cultos al Cristo

Inmediatamente después de la ceremonia los flamantes esposos pidieron al sacerdote bendijera el Cristo hallado y tras relatarle el milagro de su hallazgo en el corazón de un algarrobo, le habría preguntado Juan Tomás: «Vos que todo lo sabéis y estáis iluminado por la gracia de Dios, aconséjanos la forma de rendir culto, lo mejor de lo mejor, a este prodigioso Santo que así como me devolvió la vista y los deseos de vivir a mí, así podrá ayudar a curar y a hacer feliz a mucha gente de nuestra región, actualmente sin mucha ayuda ni protección religiosa».

María Manuela: «Nosotros somos simples y aun ignorantes campesinos que no sabemos cómo se trata a un Santo tan poderoso como parece el hallado por mi esposo. Creemos que un milagro así podría ser fuente inagotable para alimentar la religiosidad de mucha gente que necesita alguien en quien creer y que con lo sucedido, estos días, se ha volcado hacia «El Guanaco» y «La Quebrada del Mollar», para adorar la imagen encontrada por Juan Tomás, cuya recuperación de vista es el testimonio más indiscutible del poder de Dios. Nosotros hemos jurado, de rodillas, ante el Cristo, cuando recién hacía minutos de su descubrimiento en el árbol, dedicarnos por entero a su adoración pero ¿cómo hacer para que el culto resultante, sea digno de él y el poder de su divina esencia se extienda no a diez, ni a cien personas sino a miles y miles? »

El padre Gil tras escucharlos les dijo: «Me parece muy noble y cristiano de vuestra parte la responsabilidad o el compromiso que habéis asumido de hacer venerar esta sagrada imagen, ahora investida por mi bendición, con todos los atributos que Dios otorga a sus santos.

Pero cuidado, que en vuestro sano entusiasmo, no se os sorprenda con la malicia de los aprovechadores y de los que sólo buscan lucrar a costa de la buena fe de los creyentes. «Me parece muy bien que presenteis a vuestro Cristo del Arbol como un santo festivo y alegre. Pero ojo con que la bulla de lo exterior no vaya a tapar la voz interior de cada uno que quiere comunicarse con él», en cuanto a los cultos podéis empezar con novenas para después, con auxilio de la Iglesia, hacer procesiones y tener algún día especial para consagrarlo al Santo de la Quebrada, como vosotros lo llamáis».

Se sugiere el 3 de mayo para el Día del Santo

¿Y cuál podría ser ese día? Le interrumpió, interesado Juan Tomás.

El sacerdote no tardó en contestar: «Pues el 3 de mayo. Podría ser el día más indicado para que cada año se le rindiere adoración y si fuere posible, en el mismo sitio donde fuera hallado».

Habréis de saber que el 3 de mayo ha sido consagrado por el Santo Padre -y de la iglesia en general- como el Día de la Invención de la Santa Cruz y por el que se recuerda el hallazgo de reliquias del Santo Madero en el que

fue crucificado Nuestro Señor Jesucristo durante la búsqueda, del mismo, en Tierra Santa, ordenada por Santa Elena, y tratándose este caso de algo similar: el hallazgo del crucifijo con la imagen de Cristo, en el árbol de la Quebrada, se me ocurre que lo más apropiado es que los festejos centrales, en su nombre, fueran los 3 de mayo.

Manos a la obra

El recién ungido matrimonio no preguntó más y tras agradecer al padre Gil sus atenciones se retiró dispuesto a seguir en todo lo posible las sabias indicaciones dadas por el sacerdote, pero sin dejar que las excesivas especulaciones racionales o protocolares, propias de la compleja organización eclesiástica, enfriaran su febril entusiasmo por entregarse íntegros a la devoción y prédica de su fe por el milagroso Cristo.

Fue así que al siguiente día, ya de vuelta a la casa de «El Guanaco» resolvieron poner de inmediato en marcha la campaña de visitas del Santo a todos los lugareños de la comarca, la construcción de un pequeño y sencillo «oratorio» en el mismo lugar ocupado por el algarrobo del hallazgo milagroso, la recepción de pedidos de préstamo del Cristo para novenas y «acompañamiento de sepelios de angelitos y otros rituales».

Qué decir que a Juan Tomás y María Manuela les faltaban las horas del día para atender tantos asuntos como los que demandaba la cruzada de divulgación del milagroso Cristo. La casa se les llenaba de gente desde la mañana hasta la noche. Los peones no se daban resuello con tanta comida que había que preparar por jornada. Llovían, por otra parte, las ofrendas de velas, animales, y otros frutos del campo.

Y para más pintoresquismo comenzaron a caer los promesantes cumpliendo las más difíciles, extrañas, esforzadas y aun estrafalarias promesas.

Y ni qué hablar de enamorados con «problemas sentimentales» que llegaban ansiosos, deprimidos, cuando no a punto de estallar de desesperación, a buscar, en el Cristo, paz, esperanza y la solución feliz para el drama que los afectaba. «Oh, Señor de la Quebrada -oraba a su modo una joven mujer- Tú me hicisteis el milagro de devolverle la vista al leñador y de conseguir que al poder ver a la mujer que antes no veía quedase inmediatamente prendado de ella, cuando antes había asegurado que jamás podría enamorarse, haz que el hombre que amo, con todo mi corazón, se fije en mí, corresponda mis sentimientos». Y así, por el estilo, la gente rememorando el acontecimiento del «algarrobo» y la reacción milagrosa operada en Juan Tomás Alcaraz, le pedía, luz para sus ojos, los que estaban ciegos; amor, los que no lo tenían, salud, quienes la habían perdido y tantas otras.

Y así fueron transcurriendo los días, las semanas y los meses. En idílica unión y cooperación mutua, el matrimonio salía a ayudar a vecinos; a llevarles remedios, a colaborar en las «mingas» cuando alguien tenía que hacerse su rancho y a llevar, por doquier el Cristo para presidir novenas o festejos. En estos últimos ellos eran los animadores principales y ya sea bailando, cantando

en dúo se constituían en la atracción de los concurrentes que por donde pasaba los colmaban de aplausos y de demostraciones de admiración y estima.

**De otro hecho que refuerza
la creencia en el poder
milagroso del Cristo.**

Todo iba saliendo a pedir de boca para los planes de los recién casados que colmados de permanente amor y siempre andando con el Cristo a cuestas parecían transmitir dicha y esperanzas allí donde llegaren. Pero Juan Tomás, en la eufórica ebriedad de su contento, habíase olvidado de la promesa hecha a su Cristo de hacerle, por lo menos, un oratorio en el mismo lugar donde fuera hallado, para que allí tuviere su casa y el sitio de descanso luego de las largas travesías consolando y curando gente. Quien primero reparó en el descuido fue María Manuela que viniendo, con su esposo, un día, de regreso al hogar de «El Guanaco» -donde aún se mantenía al Santo-, observó que al pasar por la «Quebrada del Mollar», donde el Cristo fuera hallado, la mula de carga, en la que traían a la milagrosa imagen, comenzó como a tirar para atrás y resistirse a continuar caminando.

-¡Está cansada la pobre! -dijo Juan Tomás y agregó: -También hoy hemos hecho como 15 leguas, casi sin parar....

Pero su esposa, más perspicaz y observadora, le contestó: -¿No será éste algún mensaje de Dios indicándonos que deberíamos traer al Cristo al lugar de donde fue sacado?

-No te olvides, que cuando lo hallé fue porque gemía de dolor por su encierro dentro del árbol ése y desde que lo tenemos en casa no ha dado muestra de disconformidad.

-No sé, pero mi intuición me dice que el Cristo quiere volver, si no a su encierro, al lugar donde se lo encontró. No es la primera vez que cuando pasamos por aquí la cabalgadura, en la que lo transportamos, siempre parece querer seguir hacia el algarrobo del milagro, como si algo misterioso la atrajera.

No comentaron más y las cosas siguieron como siempre pero, al mes, el Santo desapareció de la casa como por arte de magia. -¿Quién puede haberlo sustraído, si estamos siempre atentos a todos los movimientos de los peregrinos, que entran y salen de la casa, y nunca vi nada sospechoso? Se preguntaba Juan Tomás para agregar: -¡Qué raro! Ni que se lo hubiese tragado la tierra.

Y entonces fue María Manuela la que lanzó la idea: -¿Y si lo fuéramos a buscar al hueco del algarrobo donde se hallaba cuando vos lo encontraste?

Y fueron... Ya cuando se acercaban presintieron la presencia allí del desaparecido crucifijo. Algo había cambiado en la fisonomía del lugar, como si alguien hubiera arreglado la escenografía para que el tronco aquél del algarrobo que había quedado desguarnecido y casi aislado por la tala de los otros árboles que lo rodeaban, pudiera volver a estar semioculto por el resto de la vegetación. Convencidos de que el autor de los cambios no podía ser otro que el Cristo, que de esta manera quería resguardarse de la presencia de

extraños, apuraron el paso y no bien se acercaron al hueco de la planta lo vieron: -Estaba allí como diciendo: «Me siento bien y me gusta este lugar». La pareja comprendió el mensaje y cayendo de rodillas le rezaron y le hablaron como si fuese otra persona: -Perdónanos, por no haberte comprendido... Mañana mismo con mis propias manos haré el oratorio para dejarte allí y mientras tanto convocaré a todos los vecinos para que me ayuden a hacer la capilla y la casa de donde nos trasladaremos, dijo por los dos Juan Tomás.

Y la voluntad de Dios se hizo. El oratorio al otro día fue construido y en un mes más se hizo la capilla y meses más tarde, la casa del matrimonio.

Una vez más los creyentes tienen testimonio del poder del Cristo.

El Cristo siguió, por años y años atrayendo más adeptos y dando motivos para que de un extremo a otro de una inmensa región, se hablara de sus curas milagrosas y de mil un prodigios más, que la tradición popular fue transmitiendo de generación en generación, -y de cuya veracidad iban quedando, frente al altar, donde se lo había ubicado, los testimonios de pilas de muletas, de yesos de arreglos óseos, de lentes y de otros elementos usados por los enfermos que, con sólo llegar allí, habían sanado, después de padecer toda una vida de males que se consideraban incurables.

Por si esto fuera poco, cuando en 1945 la imagen fuera secuestrada y traída a San Luis por considerarse «pagano» su culto, de la manera que por entonces se le estaba ofreciendo -sin el control debido de la autoridad eclesiástica- su inesperada vuelta al sitio de donde había sido sacada por una comisión policial, al otro día de su incautación, dio pábulo para que la gente armase una nueva leyenda exponente de su infinito poder: «El Cristo, por sus propios medios, y sin intervención de acción humana alguna, había regresado a su sitio y, como castigo a quienes habían impuesto su 'prisión', convertido en mendigo insano al juez del Crimen que ordenó el allanamiento de la capilla, engegucido al sacerdote que intervino en el procedimiento, enfermo de gravedad galopante el jefe de Policía que ordenó su traída a San Luis y al gobernador que respaldó esa acción, como así también dos o tres comisarios que actuaron en el sumario respectivo. Y aunque todos estos hechos fueron, para los historiadores, producto de la pura casualidad, y no era que el Santo por «levitación» u otra fuerza sobrenatural, hubiese «escapado» del sitio donde la Justicia lo había hecho guardar, sino que había sido devuelto, a su lugar de origen, por el Obispado de San Luis -tras hacerse cargo de su veneración-», para el común de los creyentes, especialmente para los menos informados, todo aquello constituyó una nueva e incontrovertible prueba de su inmensa fuerza milagrosa comenzada a exhibir aquel lejano día de agosto de 1847, cuando fuera hallado por el ciego Juan Tomás Alcaraz.

TESTIMONIOS DEL MILAGRO DEL CRISTO DE LA QUEBRADA

EL CULTO DEL CRISTO DE LA QUEBRADA COMENTADO POR ALGUNOS POBLADORES DE LA VILLA

EL CRISTO DE LA SALUD Según la docente jubilada María Funes

La docente jubilada, **María Funes**, domiciliada frente a la plaza de la Villa de la Quebrada, dice: «Según tengo conocimiento, a través de la tradición, al Cristo lo encontró un hachero enviado por don **Juan Tomás Alcaraz** a cortar leña. No podía ser ciego... ¿Qué invidente puede realizar un trabajo tan peligroso como hachar? Lo halló en la horqueta -cerrada por el crecimiento de la planta- de un algarrobo. ¿Quién había dejado allí, mucho antes, el crucifijo? Mi padre solía decir que probablemente fue olvidado por alguno de los vecinos del lugar que, al huir hacia la sierra -llevando sus enseres- para escapar de los continuos malones de los indios Pampas, al hacer un alto en el camino lo colocó allí.

El crucifijo estaba hecho en madera rústica, en tanto que la imagen del Cristo crucificado moldeada en yeso, al modo como los padres jesuitas enseñaban a los indios a hacer estatuillas, especialmente de santos. Pero don Juan Tomás Alcaraz, como todos los otros pobladores del lugar, vivía en «El Guanaco» a una legua de la actual Villa de la Quebrada y sobre el «carril viejo», que era el camino que unía San Luis con San Francisco y que pasaba entre los actuales caminos del «alto» y del «bajo» a menos de una legua al oeste de la hoy Villa de la Quebrada que por aquel entonces era todo monte y se denominaba «Quebrada del Mollar» o «Quebrada del Malo», esto último quizá porque por supersticiones se creía que moraba el diablo, Lucifer, por los ruidos que por las noches se oían y la oscuridad impresionante del pie de la sierra. El Cristo es guardado, al principio, en la casa de don Juan Tomás Alcaraz y la gente -movida vaya a saber porqué- empieza a creer en su poder. Por todas partes cunde la fama de sus milagros y como éstos más que nada se refieren a la cura de enfermos se lo llama, también, el Cristo de la Salud. Como el culto crece rápidamente el estanciero Alcaraz decide hacerle una capilla de adobe y techo de jarilla, paja y barro, que construye con ayuda del vecindario. Posteriormente -transcurridos algunos años- se le hace otra construcción de material y los fieles siguen en aumento, como en aumento continúan los óbolos o limosnas que allí se dejan, ya sea en dinero o en efectivo o en piezas de oro y plata. Fijado el tres de mayo como el Día del Cristo de la Quebrada, para esa fecha afluyen, por todos los medios imaginables, peregrinos de Mendoza, San Juan, Córdoba y La Rioja. También le traen al Santo porcelanas finísimas y animales domésticos; anillos, de la más diversa clase, especialmente alianzas de enamorados que encontraron en él la solución a sus problemas sentimentales, etc. Y en cuanto a sacrificios o promesas, se hacen de los más variados. Gente que hace cuadras y cuadras transitando de rodillas sobre los caminos pedregosos y llevando velas en sus manos. Otros llegan

arrastrándose y lamiendo el suelo hasta la puerta de la capilla o caminando en cuclillas o en cuatro pies. Hay gente que realiza esfuerzos sobrehumanos para cumplir con sus promesas y pienso que de los millares y millares de peregrinos que llegan a la Villa todos los años, el noventa por ciento, o más, lo hacen impulsados por un compromiso de fe. Y lo más notable es la aureola del Santo Alegre, amigo de la diversión, del contento y el optimismo, que los mismos feligreses le han ido haciendo con el tiempo, a partir de los rasgos espirituales que sus primeros dueños le dieron entre el vecindario, al hacerlo partícipe infaltable de sus festejos o de sus novenas y «mingas», donde nunca faltaban las canciones y los bailes, acompañados por acordeón y guitarra especialmente. Ya después, los músicos entran hasta el mismo atrio de la iglesia a cantarle sus mejores piezas y al final de la procesión del 3 de mayo la diversión se hace tan bulliciosa y exaltada que el Gobierno de la Provincia, por decreto del interventor federal coronel Carranza, dispone suspender este tipo de celebraciones consideradas «paganas» y la Iglesia se hace cargo del Santo, lo que provoca una serie de versiones que terminan con la forja de una nueva y moderna leyenda: «Que el Cristo, que había sido llevado a San Luis, y colocado en una caja fuerte o algo así, del Juzgado del Crimen -que lo había secuestrado- sin que nadie supiera cómo lo hizo, venció cerraduras y burló la vigilancia policial, y al otro día retornó a su lugar, en el altar de la capilla de donde había sido sacado y que, ofendido por el escarnio sufrido, castigó de manera terrible a todos quienes intervinieron en el procedimiento de su incautación y traslado a San Luis». Los más ilustrados nunca creyeron en esto pero las personas menos instruidas se lo tomaron a pecho y el temor al enojo del Santo cobró todavía más realidad y los promesantes se cuidaron muy bien de cumplir con sus promesas y no darle al milagroso Santo motivo alguno que lo indispusiese.

LA CAPILLA DEL SANTO DE LA QUEBRADA

Las refacciones para recibir a los fieles.

Las actuales refacciones se deben a la iniciativa de Monseñor Rodolfo Laise quien con mucho entusiasmo ha sabido interpretar la inquietud de la inmensa legión de fieles que año a año remuevan su compromiso con el Cristo de la Quebrada, ofreciendo su devoción en la Capilla.

EL CRISTO NO QUIERE QUE LO MUEVAN NI UN PALMO DEL LUGAR DONDE LO HALLARON.

Vicente Sinforiano Alcaraz, dice que hay que tener cuidado porque ahora se lo ha corrido 10 metros. El nieto de quien construyera la primera iglesia para el Cristo, Vicente Sinforiano Alcaraz, quien fuera, además, intendente de la Villa de la Quebrada en dos oportunidades, en 1958 y 1976,

dijo que lo primero que se construyó en homenaje al Santo, después de su hallazgo, fue un oratorio donde se comenzaron a oficiar las primeras novenas, que tenían carácter festivo. El milagroso Cristo se encontró en el mismo lugar donde está actualmente la Iglesia que lo guarda. Siempre existió la precaución de no moverlo de ese sitio por cuanto, según la tradición, cada vez que la imagen era trasladada a otra parte, de inmediato «se les volvía».

«Por eso pienso que como ahora por la necesidad de ampliar el templo, se lo ha tenido que correr como diez metros del lugar exacto donde debía estar, quizá a él no le guste y ocurra algún contratiempo. Uno nunca sabe. Las leyendas que han circulado en torno a esta devoción son tantas que no se puede precisar cuál es cierta y cuál no. Unos dicen que un leñador vio que un algarrobo sangraba y al abrir de un tajo la madera, en ese sitio, apareció el Cristo Crucificado. Otros, que el hachero -Juan Tomás Alcaraz- era ciego y recuperó la vista para ver el Santo en el hueco del árbol. ¿Cuál es la versión real? No lo podría decir. Lo que no es verdad es eso que el Cristo, por Milagro se les «volvió» de San Luis cuando por orden judicial había sido secuestrado por la Policía. Fue la Justicia -por intermedio de gente del Obispado- la que lo devolvió a su lugar habitual de ubicación sobre el altar de la capilla o Iglesia de Villa de la Quebrada. Y en cuanto a lo de los terribles castigos por El impuestos a quienes intervinieron en su incautación y traslado a San Luis, allá por 1945, no creo que haya en ello más que casualidades fortuitas. Lo único cierto de aquel sensacional episodio fue que el Cristo fue transferido a la iglesia por los herederos de la familia Alcaraz»

EL CRISTO FUE HALLADO COLGANDO DE UNA RAMA DE QUEBRACHO POR VICENTE ALCARAZ.

Es la versión dejada por **Hipólita Alcaraz**, quien tuviera en su casa al Santo.

La versión más disímil es la que en 1965 diera a un diario mendocino - que por entonces se preciaba de serio- doña Hipólita Alcaraz, bisnieta de Vicente Alcaraz, quien, según ella, habría sido el que descubrió el Santo.

En el relato periodístico de entonces -y cuando la viejecita tenía ya 73 años- dice, entre otras cosas: «Nosotros tuvimos el Santo hasta hace unos pocos años. Entonces, la villa estaba llena de indios y de gauchos. Mi padre me contaba que el milagro le sucedió a mi bisabuelo. Iba hacia el monte a hachar, cuando sintió el quejido de un cristiano. Tuvo miedo. Mi bisabuelo era hombre valiente pero ese quejido era del otro mundo. Cuando aumentaron los clamores se persignó y se acercó en nombre de Dios. Allí, colgado de la rama de un quebracho vio al Santo y lo trajo para las casas».

El algarrobo

Nieves Abaca de Gómez: «Este algarrobo junto al cual estoy, es del mismo tiempo del que hachó Juan Tomás Alcaraz al encontrar el Cristo Milagroso. Está aquí, casi sobre la calle, porque mi marido, descendiente de los fundadores del Culto y de la villa -los Alcaraz- nunca quiso que lo cortaran para recordar el árbol del milagro. Y Juan Tomás Alcaraz donó las primeras tierras para levantar la villa junto a la capilla construida por él mismo para honrar al Cristo. Los primeros cultos para adorar al Santo comienzan con novenas, al final de las cuales se bailaba. Como la imagen del Cristo encontrado se fue deteriorando con tanto préstamo a familiares de leguas y leguas a la redonda que se disputaban el privilegio de albergar por unos días al Santo en sus casas, después se hicieron réplicas para las procesiones y los préstamos. Y ya entrado el siglo XX había que ver la cantidad de placas de metal que se colocaban junto a la capilla en testimonio de milagros realizados. Como no cabían tantas, periódicamente se retiraban cajones y cajones llenos de ellas. Hasta hace poco podían verse estas inscripciones testimoniales procedentes de Chile, Brasil, Uruguay, amén de las miles que venían desde distintos puntos del país».

Una procesión de 1930

Cuando todavía la Villa de la Quebrada era una aldea semipoblada, en 1930, podía verse esta procesión en homenaje al Cristo Milagroso. Los pocos automóviles estacionados en el fondo, los sombreros que llevan las mujeres y otros detalles de la escena pueden dar una idea de la época de la celebración religiosa, en la que según puede apreciarse, también por la fotografía, no intervenía la Iglesia aún. (Fotografía facilitada por la señora M. Calderón de Suárez, descendiente de los dueños originales del Cristo).

De las variadas e insólitas promesas al cristo

En materia de promesas, la más infinita variedad ha sido siempre la regla de esta devoción. Por todos los senderos imaginables, ofreciendo un espectáculo conmovedor, pueden verse bajar desde las sierras, o acceder por las rutas principales de la región, miles de promesantes que llegan a la Villa tras caminar leguas y leguas, algunos descalzos o arrastrando grillos y soportando otros lastres que hagan más sacrificada la marcha. Y qué decir cuando la ofrenda se relaciona con la salud de los niños. Ved si no esta familia, que va arribando a la Quebrada, con el hijito acomodado en un carricoche y del que ha ido tirando desde San Luis, a través de alrededor de 30 Km. de cuestas y caminos pedregosos.

Pero para tener una idea más acabada de las múltiples características de estos compromisos o deudas contraídas con el Santo, algunos rayanos en la barbarie, propia de los primitivos habitantes de esa zona, perdida en los

vericuetos de la sierra bravía, lo mejor es imaginar lo evocado en estos versos de la poesía gauchesca del poeta uruguayo Boris Elkin "Po el Botija" (o "El Cristo de la Quebrada"):

*Señor de la Quebrada:
Yo soy gaucho agalludo...
igual que las piedras de los cerros puntanos
y por fuerza de mirar siempre p'a abajo
no creiba en más poder que el de mis manos.*

*Pero si vos me hacés el milagro
de salvarme el Botija, yo te ofrezco,
a mi vez, la majadita de veinte cabras blancas,
y mi zaino bragao; también la mula;
y hasta tengo de más la mano zurda
si mi pobre fortuna no te alcanza...
Y el Botija curó...
Y a la semana después de la promesa realizada,
por los altiplanos de las sierras de la Villa
vaga el rebaño de las cabras blancas
junto al zaino bragado, la baqueana.
Y como rara flor de la montaña,
extraña a los cóndores y a las tunas,
los cinco dedos de una mano zurda
quedaron junto al Dios de la Quebrada.*

Algunos descendientes actuales de los fundadores de la Villa de la Quebrada.

La señora Lelia Alcira de Calderón de Suárez, rodeada por su hermano Edmundo Calderón, su hijo Jorge Suárez y sus nietos y sus sobrinos. Son descendientes de los dueños primitivos del Cristo de la Quebrada: Juan Tomás Alcaraz y María Manuela Gómez. A ella le debemos parte del material gráfico incluido en esta edición.

*****FIN*****